

PREGÓN DE VERA CRUZ. 24 DE FEBRERO DE 2008.

“Así que vio el centurión lo que acababa de suceder, glorificó a Dios, diciendo: verdaderamente era éste un hombre justo.”

Lucas 23, versículo 47.

Reverendo cura párroco, Hermano Mayor de La hermandad del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz y María Santísima del Mayor Dolor en su Soledad, miembros de la Junta de Gobierno; Hermanos Mayores de las Hermandades de Penitencia, Hermano Mayor de la Hermandad Sacramental de Santa María de las Virtudes de nuestra Parroquia, Hermanas franciscanas del rebaño de María, hermanas del Instituto Secular Santa María de Gracia, Junta Gestora de la Tertulia Cofrade, Sr. Alcalde y autoridades, familiares y amigos, hermanos todos:

Buenas tardes y gracias por acompañarme, por estar presentes aquí para pregonar conmigo, este tercer Domingo de Cuaresma, que a un paso estamos de la Semana Santa, a un suspiro del Jueves Santo y de un reencuentro fraterno en Vera-Cruz. Pero gracias especialmente a la Junta de Gobierno por estimar que soy una persona adecuada para anunciar nuestro Jueves Santo y gracias especialmente a ti Manolo por las virtudes con las que me adornas, ya se sabe que la amistad no sólo consiste en desear el bien para el amigo, sino que ve el bien en el amigo, por eso San Agustín, habiendo perdido a uno en su juventud no veía más que tristeza y oscuridad en derredor, y aquellas que fueron tareas compartidas con el amigo, ya ausente éste, auténticos suplicios. De todos modos, no habría que estimar como exageradas tus palabras, pues al fin y al cabo, sostenemos nuestra amistad desde la infancia, desde la edad escolar, por tanto, ha habido tiempo suficiente para haberla arruinado, haberla manchado, y sin embargo, reconociendo los defectos mutuos, las distancias que ocasiona el propio tiempo, ha existido siempre la voluntad de cultivar, regar de vez en cuando lo que nos une.

Yo conocí a Manolo con siete u ocho años, ahora tenemos los cuarenta y tantos. Estando en 4º de EGB, en las Escuelas de la Plaza Nueva, aquellas que se construyeron

en la II República, por cierto por el abuelo de mi mujer el maestro albañil Juan Contreras Pizarro, ya entonces, me deslumbraba su desvivirse por la Semana Santa. Como en los versos de D. Antonio Machado mantengo el recuerdo infantil de uno de aquellos días, era:

“En una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.”

Aunque algunos no lo hacen, sino que garabatean sin sentido en las últimas hojas del cuaderno, otros dibujan los escudos de sus equipos, otros pintan corazones atravesados por las flechas de cupido y Manolo pinta pasos de palio y compone versos para María, la Madre de Dios. Tampoco yo estudiaba en ese instante, pues si puedo contar esto hoy es porque sentado a su lado, apartando la vista de la teoría de conjuntos y más concretamente de la propiedad conmutativa, lo que entonces se llamaban las matemáticas modernas, miraba de reojo para observar la diligencia de los trazos que daban vida al paso y disfrutar con aquellos ingenuos versos rimados. Entonces el soniquete de las sílabas trabadas, os lo aseguro, llenaban de música saltarina la tarde plomiza y las nubes grises se retiraban asustadas.

Este suceso pueril muestra a las claras cómo uno de los hilos con los que está tejida la trama de nuestra amistad, aunque ciertamente no el único, sirve para comprender el presente, es decir, caminos diversos en el pasado se van anudando para dar sentido al presente: tu, Cruz de Guía, yo a tu lado portando el farol; tu hoy, mi antecesor en el pregón, presentándome, y yo a tu lado de pregonero.

¿Y qué he de pregonar? ¿A qué os he de invitar? ¿Y qué he de decir yo que he sido tan solo uno más en la Semana Santa y uno, sin más, en la Hermandad? ¿Qué os podría contar que ya no sepáis?

Debería tener el valor de ser pregonero en un lugar donde la Semana de Pasión no se conociera, allí donde la verdadera cruz fuera un interrogante, un símbolo desconocido, una auténtica buena nueva. Pregonar allí donde el Cristo pudiera dar una luz distinta para bañar el día, allí donde al contemplar al crucificado manara un agua fresca para aliviar la sequedad de los trabajos, allí donde la presencia de María en su

Soledad regalara una brisa suave con la que acariciar al hombre triste. Debería, pues, ser pregonero no entre los míos, sino allí donde me pudieran tomar por loco por decir lo que ya muchos no saben, porque se les ha ocultado con la fealdad, se les ha engañado con mil cebos hechos de efímeros placeres. Pregonar es gritar, sí, gritar por las calles, subido a los tejados lo que ya muchos callan por vergüenza o miedo al ridículo, o pereza: que Dios no está ausente, sino que nosotros alterados, fuera de nosotros mismos, volcados hacia el vacío, olvidándonos de la soledad sonora de nuestro interior, temiendo a nuestro propio yo, le hemos dado la espalda, es decir, nos hemos vuelto ciegos para la Belleza, el Bien y la Verdad.

Pero pregonar también es recordar, conmemorar, que es entre todos atizar los rescoldos de lo vivido, lo atesorado por la tradición, y con su luz volver a mostrar que el Jueves Santo en Vera-Cruz, en La Puebla, desde hace algo menos de quinientos años, es el día de la fraternidad universal, el día de la justicia y la dignidad de todos los hombres, porque algunos franciscanos y dominicos en aquel tiempo ya veían en el otro a otro hijo del Padre, un hermano, no un esclavo, no un sirviente, no un animal de carga, sino una persona, siendo el Padre y el amor del Padre la única fuente de su dignidad. Desde entonces, pues, cada Jueves Santo es la ocasión para reencontrarnos: los hijos con los padres en el amor semejante al divino, los esposos en su unión alimentada por las complicidades, los amigos en la amistad reverdecida, los vecinos en sus rutinas, los ausentes en la memoria de los presentes, los emigrados en la patria común, los perseguidos por sus ideas con los indignados ante la injusticia, los afligidos en la compasión de los afortunados, los pobres con los ricos en el pan compartido, los penitentes con su soledad, los costaleros felices como un solo cuerpo en las trabajaderas, los músicos con sus pentagramas y al fin nosotros, hermanos todos con Jesús crucificado, entre cuatro hachones, con el triunfo del Amor, amor que hace hablar a la Verdad silenciada, libera al Bien amordazado y muestra pulcra la Belleza mancillada. Sólo este Amor nos salva.

Y no nos debe extrañar, pues, que allá en el siglo XVI, poco tiempo después del 8 de diciembre de 1554, cuando el IV Conde de Ureña, Duque de Osuna, Juan Téllez Girón fundara este convento de Frailes Mínimos, orden religiosa en cuyo escudo resplandece la caridad, en la procesión del Vía crucis, con penitentes y disciplinantes, en torno al convento, fuera la ocasión de este encuentro amoroso y que algunos de aquellos frailes o vecinos de La Puebla, lo mismo que nosotros cuando transportamos en Vía-

Crucis al Cristo desde la Capilla, dirigidos por Manolo Cabello Cobos, a su paso de penitencia, sintieran en la oscuridad solo disuelta levemente por la luz de las velas y los cirios, con la compañía del silencio, la nostalgia de lo absoluto, la añoranza del amado, la necesidad de decir lo que en versos nos regalaba San Juan de la Cruz, hombre de aquel tiempo:

¿Adónde te escondiste,
Amado y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

Y al reposar nuestra mirada en su sereno rostro, tocar con el hombro el leñoso tronco de la cruz seguir diciendo con San Juan de la Cruz:

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el amado;
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Y al contemplar las miradas entregadas de los que hacían el Vía-Crucis, ayer como hoy, unos en la explanada del convento, otros en el interior notar la llama viva del amor en el andar cansado del viejo, en el candor impresionado del niño, en los miedos y responsabilidades del adulto:

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!;
pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
rompe la tela deste dulce encuentro.

¿Tendría, algún fraile, algún disciplinante desprendiéndose de las ataduras del cuerpo, acaso alguno de nosotros, al son de la música de capilla, en alguna de las estaciones del Vía-Crucis, la oportunidad de que su alma cantara las coplas de San Juan que pena por ver a Dios?:

Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir, ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo.
Oye, mi Dios, lo que digo:
que esta vida no la quiero;
que muero porque no muero.

Hay, pues, un hilo que nos sirve para orientarnos en el laberinto del tiempo, que lo ordena, que permite que nuestro yo, nuestra vida no quede suspendida entre dos abismos desconocidos, oscuros, el pasado y el futuro. Este hilo de finísimo oro, del que está tejido nuestro ser, se custodia en la Hermandad de Vera-Cruz, con él nos cosemos al pasado para poder hilar el futuro. Pertenecer a ella da la ocasión de poder ubicarse en el mundo, redescubrir nuestra condición realmente humana, nuestra fragilidad, nuestra temporalidad y nuestra necesidad del otro.

Y esta suerte, la posibilidad de formar parte de esta historia, se la debo a mi mujer y su casa, pues fueron muchas las ocasiones en las que tuve la oportunidad de ver allí como su madre María del Carmen Valle preparaba su túnica del Cristo o había hecho un bizcocho para que la merienda aportara fuerzas y dulzor a la estación de penitencia que iba hacer su hija. Pero ella a su vez se la debe a su padre Antonio Contreras Román y él a su padre Juan Contreras Pizarro, y éste a su padre Antonio Contreras González. Así pues, si cortáramos el hilo que teje las tramas familiares, la familia donde se nace y se crece, los vínculos de unas generaciones con otras, nos desligaríamos del pasado, viviríamos un eterno y seco presente del que sólo cabe esperar barbarie. Es este el drama de muchos jóvenes de hoy.

A Toñi debo muchas de las cosas que soy. Han sido muchas las veces en las que el leve toque de su voluntad contribuyeron a confirmar lo que yo quería hacer y ser realmente: cuando me incliné por la Filosofía y no por la Medicina, cuando juntos nos fuimos a Bolivia un verano como voluntarios, cuando nos incorporamos a la actividad política municipal, cuando nos casamos, cuando buscamos a los hijos y cuando un poco de tiempo antes un suave golpe de su firmeza, apenas insinuado, hizo que me hiciera hermano de esta venerable Hermandad, corría el año de 1996.

Desde aquel 1996 no he faltado a ninguna estación de penitencia vistiendo la túnica de Vera-Cruz, portando unas veces el cirio y la mayor parte el farol junto a Manolo y a ella. Incluso el año pasado los tres hicimos estación de penitencia por la catedral de Sevilla, el Lunes Santo, en representación de Vera-Cruz de La Puebla, juntos y al tiempo cada uno a solas, pues ahí está la autenticidad del penitente, ocultar su rostro, hacerse anónimo para descubrir sus adentros, y en consiguiendo esto hablar con Dios:

Padre nuestro, que estás en el cielo
santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden,
no nos dejes caer en la tentación,

y líbranos del mal. Así sea.

En los últimos años, ella hacía otra estación de penitencia, tan rica y llena de matices, con los niños, Paloma primero y después también con Alfonso, con sus túnicas, delante del paso de palio y últimamente en los primeros tramos ya con sus capirotos y sus antifaces instruyéndolos, amamantándolos no de leche sino de historia, de sentido del orden, de sacrificio, de belleza, de compromiso, de fe. Haciendo posible, que ellos, poco a poco, convirtieran, y empleo las ideas de Toñi, el camino, la estación de penitencia, en un aprendizaje, en una catequesis para la vida. Haciéndoles ver que realizar la estación de penitencia es una práctica que nos devuelve a nuestra auténtica dimensión en la creación: nos hace sentir integrados con el resto de los hombres, pero nos enfrenta con nuestra condición de seres insignificantes ante tanta maravilla, y vulnerables, tremendamente frágiles ante las adversidades. Enseñándoles que aquí es donde, como en la vida, contamos con un arma infalible para superarnos y vencer la dificultad: la aceptación de la propia debilidad, la capacidad de esfuerzo y sacrificio (por uno mismo y por otros), la fuerza de voluntad, la alegría y el buen humor, el compañerismo fraterno y la convicción ilusionante de que habrá un después que todo lo compense, que todo eso es la Fe. Haciéndoles ver a Alfonso y Paloma, como otros padres hacen con sus hijos, en esos primeros tramos de pequeños penitentes, que cada uno sabe a qué dificultad tuvo que sobreponerse, qué dificultad tuvo que vencer, cada uno sabe qué le movió a hacerlo; cada uno sabe cómo y con qué disfrutó y cuánto le compensó haber salido victoriosos en el intento. Estas son sus palabras, las de mi mujer, y en consecuencia no puedo más que compartir su sentido, y por tanto, ser seducido por ellas y por ella.

Así pues, cuánto se puede aprender en una Hermandad, qué extraordinaria escuela para los hijos, qué lástima, y perdonen la deformación profesional, que algunas autoridades con frecuencia sólo vean en las cofradías la oportunidad de enseñarse, un escaparate para la promoción, y no esa fuente para enseñar que nos permite instalarnos en el mundo y forjar en él el nuestro, asumiendo unas cosas y rechazando otras; aunque en honor a la verdad ese pecado de vanagloria tampoco es exclusivo de las autoridades políticas, ni toda autoridad política por serlo cae en él.

Os decía que desde 1996 no he faltado a ninguna estación de penitencia, pero he de decir que nunca he faltado a una Semana Santa en La Puebla porque mis padres me

instalaron hogareñamente en ella con dos meses, en febrero de 1966, a través de la Hermandad de Jesús, donde sigo también fielmente habitando. La Semana Santa ejerce sobre nosotros, sobre mi familia toda, mis hijos, Toñi, sus hermanos, mis hermanos con mis cuñadas y mis sobrinos, el último en incorporarse a la hermandad Luis Tienda Cantuern el año pasado (en un acto solemne aquí en el convento el día de su bautizo estando presente toda su familia francesa y española y actuando de maestro de ceremonias Juan Francisco Romero) así como sobre sus tíos y primos como sobre los míos, ejerce, como decía, una extraña fuerza, magnética acaso, sanguínea y gozosa. No es alegría desbordada la que sentimos, sino la placidez del ánimo por ser quienes somos, por tener viva entre nosotros la felicidad hallada entre las cosas sencillas. Juan Ramón Jiménez, el poeta de Moguer, describe con dulzura exquisita el cosquilleo de la Víspera de fiesta, permitidme leerlo y la osadía de cambiar la palabra aldea que usaba Juan Ramón por la de Puebla:

Ha caído la tarde; la alegría
llena los corazones de la Puebla;
las muchachas, tan frescas como flores,
sonriendo se asoman a las puertas
y sus ojos radiantes van al cielo
a buscar el fulgor de las estrellas.
Las calles están húmedas y limpias,
las ventanas cuajadas de macetas,
las casitas más blancas que la nieve;
mañana será el día de la fiesta.
Es una tarde tibia y perfumada;
La esquila de la torre de la iglesia
da al aire las serenas armonías
del Angelus y vibran sus cadencias
por el dormido valle floreciente
lleno de dulce amor de primavera.
El altar de la Virgen, en el templo
se desborda de rosas y azucenas,
y la Madre de Dios sonrío amante

con su boca cargada de promesas.
Todo respira anhelos e ilusiones,
todo está engalanado; todo espera.
Cuando la noche llena de misterio
y de sombras las calles de la Puebla
y la luna amarilla y melancólica
se alza tras la torre de la iglesia,
todos duermen soñando con el alba
embriagada en frescuras y en esencias;
los corazones gozan en un sueño
tranquilo y sonriente; las estrellas
que se ahogarán mañana entre rocío,
en el reposo de la noche velan;
y allá en el fondo de la iglesia santa,
en el altar de rosas y azucenas,
la buena madre de Jesús sonrío
con su boca cargada de promesas.

No somos gentes de antes de ayer en la Semana Santa, advenedizos subidos al carro de la moda, sino que sentimos ese finísimo aleteo de mariposas en el alma al escuchar los sonos de una marcha, al ver la arquitectura pesada del paso de palio de la Soledad transmutado en ligera y airosa paloma, desde la niñez. Y, sin duda, ese magma interno incandescente, en los días en los que me olvidé de Dios, de dudas sobre él, de ateísmo en la edad adolescente, mantenía vivo lo sagrado en el fondo de mi ser, algo así como un clavo ardiendo en la oscuridad del cuarto al que agarrarme para no caer en mi pobre autosuficiencia. Combatir a Dios y sin embargo no poder dejar de acercarme al convento a mirar, a veces casi extasiado, el montaje de los pasos, descubriendo cada día una nueva filigrana en los respiraderos o un matiz expresivo en los rostros de las imágenes nunca antes visto. Sí, llamar a la religión opio y no poder resistirme a la dulce embriaguez del incienso. Así las cosas, bien podrían servir los versos del soneto de Lope de Vega para mostrar mi ánimo de aquellos días:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?

¿Qué interés se te sigue, Jesús mío.
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí!;Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el Ángel me decía:
“Alma, asómate agora la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía”!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
“Mañana le abriremos”,respondía,
Para lo mismo responder mañana!

Cuántas veces, entonces, este feliz veneno cofradiero, bebido a sorbos, como cuando retransmitía para Radio Puebla la estación de penitencia de Vera-Cruz, hacía, Virgen María, que no te diera la espalda, que lo trascendente no pasara por ser una palabra hueca y burguesa. Eran los ochenta del siglo pasado, con una grabadora en ristre, robaba la voz al capataz Antonio Cobos: “¡al cielo con ella, que es nuestra madre!” y metía en la cinta magnetofónica el empuje de los costaleros, y a continuación el andar medido y apenas descrito, los sones de la marcha acariciando sus caderas, el tintineo plañidero de las bambalinas sobre los varaes y el cimbrear dignísimo de los mismos, una frase sencilla mía sobre lo que estaba sucediendo cerraba la escena. A los pocos días, lo uno y lo otro, atravesaban las ondas, llegaban de nuevo a las casas y sentíamos que el mundo era bueno.

Así pues, con sus luces y sus sombras, las Hermandades en la calle han sido el último reducto de la Iglesia donde hasta los ateos tienen su lugar, el último vestigio que les vincula a lo absoluto, el último ejemplo en el que pueden ver que la belleza, a través de la función teatral-religiosa es un intangible sólo visible por los ojos del alma. En mi

caso he decir, que el otro refugio, el referente natural en los días secos de fe ha sido mi abuela Isabel Ojeda Pedrosa y mi abuelo Juan Rodríguez Tejero, pues en muchas tardes, al anochecer, al visitarlos los encontraba a ambos rezando el rosario; o mi abuela, ya habiendo iniciado una conversación, la interrumpía con la oración de esa hora, el Ave María:

Dios te salve, María,
Llena eres de gracia,
el Señor es contigo.
Bendita tu eres entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

A lo que nosotros contestábamos, con frecuencia de un modo inaudible y otras incluso ininteligible:

Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Y cerraba, entonces mi abuela, con voz oscura de otro tiempo, profunda y sentida:

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
Por los siglos de los siglos. Amen.

Entonces la conversación interrumpida se retomaba y la vida rutinaria tomaba nuevamente cuerpo.

Es cierto lo que antes os decía, no hemos llegado a la Semana Santa de prisa y por inercia. Cuántas veces en los días de cuaresma me he cruzado con mis hermanos en el pasillo estrecho de la casa de mis padres, ellos haciendo de costaleros, portando acaso el paso de la Soledad imaginado, con grácil movimiento de la cintura y paso recogido y yo convertido en capataz gritando, con “ese” trianera, “meno pasho,

izquierda alante deresha atrás”, mientras mi madre cantaba una saeta que jamás acababa, pues se lo impedía su memoria traicionera. Y entonces, aquel paso irreal pero verdadero, hecho de aire, viraba hacia la salita, capilla de nuestra familia, con justeza atravesaba el umbral, mientras les ordenaba: “¡abajo, abajo!”, momento este en el que consumada la proeza al grito de “¡Ahí queó!”, Juan Carlos y Julio, mis hermanos, abandonando las trabajaderas soñadas, exclamaban al unísono con manos abiertas y brazos agitados hacia el cielo: “¡Ole, ole,! Las cuadrillas buenas”. Entre tanto en la cocina, entre guisos del tiempo (bacalao, espinacas y arroz con leche), mi madre, mujer de genio y profundamente generosa, infatigable en todo lo que emprende, se fajaba de nuevo con la saeta sin que tanta voluntad diera sus frutos.

Esta estampa, de nuevo nos devuelve a Dios porque aquí, en este acto de creación, en el juego de estos tres niños con la complicidad de la madre, sólo veo Verdad, Bien y Belleza. Pero también se hace presente a través del hombre deseoso de perfección, del que cuida su trabajo y realiza la faena con mimo, hasta el punto de que dejada la tarea o culminada ésta, todo ella queda empapada de su presencia. Cuantas veces he visto esto en mi padre. Otros lo habrán visto en las mil idas y venidas de los priostes, y cuantos colaboran con ellos en el exorno, en la puesta de largo de los pasos en los días de cuaresma; pero yo he tenido la suerte de verlo en mi padre, no sólo en su trabajo como chofer de Transportes Limones, sino ordenando los recibos del Cristo, actualizando las listas de hermanos, siendo cauto en el pedir el pago y paciente hasta conseguir el cobro ¡Qué extraordinario administrador de correos se ha perdido la función pública! ¡Y qué hallazgo el de Vera-Cruz! Que también esto es hermandad y así se lo reconoció la propia Junta de Gobierno el año pasado.

Pero estas estampas no existirían tampoco sin nuestro vínculo con la Puebla. Este vínculo no es físico, sino simbólico, y sin embargo nutriente, alimenticio. Quizás sea porque La Puebla es un pan, acaso de telera o redondo de kilo, hecha como todo pan de harina, agua, levadura sal y horno. Es su harina la tierra, el suelo sobre el que se asienta, hija de la sierra y el campo fértil, olivar, suerte de cereal y viñedo, hecha pues para dar lo necesario para alimentar la vida: aceite, trigo y vino. Tierra pues que se anida con Jerusalén: aceite que alimenta la luz, sirve para ungir a los reyes, recibir y perfumar al viajero, a nuestros invitados; pan que sacia el hambre, vino que endulza el dolor o acompaña la alegría y nos acerca al extraño. La Puebla es un pan, sí, y su harina es esta tierra. ¿Y el agua? El agua son sus edificios, sus calles, sus casas que albergan y

dan cobijo a las oraciones, a los sueños, donde se crían a los hijos, donde juegan estos. Casas reservadas de la flama en el verano, tocadas coquetamente por los jazmines en las noches, melancólicas bañadas del perfume de la dama de noche en el otoño, familiares y alegres en Navidad, sagradas y perfumadas de incienso en primavera. Pero también el agua para hacer este pan que es La Puebla son sus agüitas, que yo no sé de donde vienen, veneros del cañuelo, o de sotillo, de río Frío o del Corbones, de Bilbao o del cielo mismo ¿Y la levadura? Sus gentes, las de ayer y las del mañana. Las que aran la tierra, sacan sus frutos, habitan sus casas y sus calles, las que hacen, en fin, por vivir ¿Y la sal, y el horno? ¿De dónde le viene a este pan que es La Puebla la sal y el calor? De sus fiestas. Ellas son la sal de la vida y el calor que esta masa necesita. Quitadas éstas no hay pan, ni olor a tahona y sabor a campo, tan solo queda una masa con cierta forma. Un pueblo sin fiesta, un hombre sin fiesta es un hombre gris de un solo instante, sin pasado ni futuro, su horizonte vital se agota en sí mismo, en su propia oquedad, su eco se pierde en su propia vaciedad.

¿Y de entre las fiestas cuál? La Semana Santa, La Mayor, la de Pasión, la que se anuncia como muerte y resurrección de Jesús porque en ella nos ponemos en contacto con la propia condición humana, es la fiesta que abiertamente nos plantea el problema de nuestro sino, de nuestro ser, nos sitúa ante el drama mismo del vivir, pues éste tiene su final cierto, la muerte, visto en el espejo de la muerte del Dios hecho hombre. Necesitamos representarnos nuestro drama, contárnoslo, hacer teatro, escenificar el problema del horizonte último. El Jueves Santo en La Puebla es el momento crucial del guión teatral, es el Jesús ya crucificado, en las lindes de la muerte, como canta Salvador Cabello:

Padre de la Vera Cruz,
ya en la cruz te han enclavao.
En tu garganta no hay voz,
la tierra se abrió temblando
y el cielo se oscureció.

Pero ese instante, siendo crucial, no cierra la historia, sino que la tierra temblando y el cielo oscurecido abren de modo tremendo y misterioso la esperanza, el poder de la resurrección. Cada Jueves Santo, en Vera-Cruz, resucitamos, quedamos redimidos. Pero

ambas cosas nos son necesarias, la cruz y la resurrección. Se nos haría muy difícil entender una salvación que no se dé en un cuerpo ajusticiado legalmente, en los tribunales, sin cicatrices, sin dolor y sin muerte, es decir, comprendemos una salvación que no ignora el dolor ni pasa de largo ante él, sino que lo asume, lo sufre y de este modo lo vence. Es el triunfo del Amor. Por eso "los pueblos secularmente dolientes (Andalucía, Castilla, Latinoamérica...) sintonizan intuitivamente con la pasión del salvador, porque se reconocen en él".

Probablemente D. Antonio Machado no alcanzó a ver, a comprender esto, cuando sólo ponía el acento en el Jesús triunfante:

Dice la saeta popular:

“¿Quién me presta una escalera
para subir al madero.
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?”

¡Oh, la saeta, el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!
¡Cantar del pueblo andaluz
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía,
y es la fe de mis mayores!
¡Oh, no eres tu mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero,

sino al que anduvo en el mar!

Se equivocaba D. Antonio porque sí hay que cantar a la cruz, al que vence al enemigo y al mal con el perdón clavado en el madero. El buen ladrón lo vio: “Piensa en mí cuando estés en tu reino”. Y Jesús salva no a un rico, no a un señor de honra reconocida, sino a un ladrón, sin negociaciones, sin largas confesiones:”Te lo prometo, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”. Es aquí, en el tránsito de la cruz a la resurrección, donde el cristiano no tiene más remedio que habérselas con palabras nuevas: justificación y gracia. Estas palabras no hablan de ideología política, ni de simples utopías, del signo político que sean, pues éstas, las utopías, al no cerrar la historia, al no tener un punto final sitúan al hombre en un torbellino sin fin y absurdo, la historia no acaba nunca, las injusticias jamás se redimen, “vanidad de vanidades, y todo vanidad ¿Qué saca el hombre de todo el trabajo con que se afana debajo de la capa del sol” dice el Eclesiastés; y por otra parte, lo único que salvan, especialmente los totalitarismos, es el concepto abstracto de hombre, la humanidad en abstracto, sin rostro, a costa del hombre concreto que es el sacrificado por la causa.

Por tanto, si realmente se quiere hablar en serio de la fraternidad, de la justicia y de la liberación es entendiendo y aceptando que sólo se puede dar si se aprende a recibir, sólo quien ha llegado a la suprema humildad de entender la propia vida como don, regalo amoroso, puede a su vez entregarla. Este es el mensaje del Cristo, simbólicamente escenificado en el lavatorio de los oficios del Jueves Santo, a los que tuve la fortuna de asistir y en los que participé el año pasado. Esto es lo que cambia desde que sucedió el hecho verídico, real e histórico, que recordamos cada Jueves Santo en La Puebla, el holocausto del mismo Dios, del hijo de Dios: que la salvación se nos dará, a cada uno de nosotros, pero que al mismo tiempo quienes creemos en ella tenemos que comprometernos con su anticipación, tarea de liberación; por tanto, hacer posible la existencia agraciada de los otros, dar un paso más allá de nosotros, para encontrar al otro, ahora y aquí. Que nos salvemos, pues, no elimina la tarea de hacer el reino de Dios aquí, no nos exime de nuestra responsabilidad de defensa de la vida de los nacidos y de los que están por nacer, compromiso con los oprimidos, con los vejados por el terrorismo, contra los que pisotean la libertad, de denuncia a los que crean estructuras de pecado, de denuncia contra aquellos que bajo un buenismo irresponsable y un lenguaje falsamente salvífico se desentienden de las consecuencias de sus actos, de

crítica a los que hablan de paz y son sólo pánfilos, de crítica a los que callan mientras el silencio les beneficie, y a los que procuran la ignorancia ajena para servirse de ella.

Por eso, cuando en cada estación de penitencia alcanzamos su cierre en el Convento, unos contemplando el transcurrir de la Cofradía como simples espectadores, otros poniendo banda sonora al drama representado, aquellos soportando el peso de los pasos, estos vestidos de penitentes y entre ellos Alfonso, Paloma, Toñi, Manolo y yo, vivido todo lo dicho anteriormente, sentimos que nos hemos reencontrado con lo mejor de nosotros, que aquel proceso interno de meditación, de conversión interior, de participación con los otros nos libera y nos devuelve a nuestra auténtica condición humana.

En el Convento, situados tras las rejas de la capilla, con los rostros aún cubiertos asistimos felices, al final de la estación, al final de nuestra propia pascua, pero sobrecogidos por el esfuerzo titánico de los costaleros, entre ellos mi hermano Julio y no muy tarde, sin darnos cuenta, será uno de ellos mi sobrino Carlos. El paso del Cristo y el de la Soledad quedan ya quietos, una muchedumbre, apretados unos con otros que no unos contra otros, escucha la Salve de la Soledad de Manolo, nuestro Cruz de Guía:

Tu eres luz del Jueves Santo
lirio fragante del mayor dolor,
eres la reina que vas sembrando
tras de tu paso el amor.

Soledad de atardeceres
de azahares que se duermen a tu son
en esa noche, que entre primores
luces más que la luna y el sol.

Soledad inclina tu cara
¡bendícenos, soberana!
engrandece nuestro corazón
somos hermanos de esta cofradía,
que por ti suspira, por ti madre de Dios.
Y ayúdanos, si caemos levántanos.

Si nos olvidamos de tu santo hijo
pon en nuestras manos,
su rostro bendito
y no nos dejes señora,
ahora y en la hora de nuestra muerte
mádanos tu luz.
Señora, señora de la Vera-Cruz.

(Esta salve la cantó una niña con voz angelical, se llama Marta Cobos
acompañada por la guitarra y la voz grave de Rocío Limones)

Apagadas en el silencio las últimas sílabas del verso, como la vela que se apaga
con la brisa de un ángel, algunas miradas se depositan por última vez en el rostro del
crucificado. Una nueva y penúltima corriente telúrica agita el alma de estos que miran y
ven, sólo expresable con los versos de un soneto anónimo probablemente de finales del
siglo XVI o principios del XVII, una joya de la lírica española con la que quiero
terminar:

No me mueve, mi Díos, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tu me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Hdad. del Stmo. Cristo de la Vera+Cruz y M^a Stma. Del Mayor Dolor en su Soledad.
La Puebla de Cazalla, Cuaresma 2008
Pregón: Antonio Tienda Rodríguez

He dicho. Muchas gracias.

Se terminó el día 12 de diciembre de 2007 día de Ntra. Sra. De Guadalupe y se
leerá el 24 de febrero de 2008, tercer domingo de Cuaresma.